Teología de la esperanza

Rafael Carías

"Los efectos del Espíritu se manifiestan no en un distanciamiento respecto al destino del mundo, sino en el carisma de revitalizar y humanizar las condiciones de vida del hombre."

Jürgen Moltmann

La teología actual, en un movimiento nada insignificante, se caracteriza por ser teología de la esperanza. Se hace teología con esa tónica espiritual que hace mirar hacia el futuro, a la realización completa de las promesas de Dios.

El futuro sirve de punto de referencia interpretativo para el resto de la teología. Del futuro le viene la orientación y el criterio para precisar más los otros dogmas. La escatología ocupa un lugar destacado en esta nueva teología. Ha dejado de ser epílogo y de hecho es tanto el fin como el principio de la obra salvífica, impregnándolo todo.

Desde el punto de vista escatológico, Dios es el ser que viene hacia el hombre. Se insiste menos en el carácter estático de Dios cuanto en el "acontecimiento" que tiene reservado para el futuro, el cumplimiento de sus promesas. El antiguo y nuevo Testamentos cobran a la luz de la escatología su mayor significación en el Exodo libertador y en la Resurrección de Cristo. Ambos hechos han fundado la conciencia escatológica en los creyentes.

Esperanza como experiencia

La virtud de la esperanza pasa al primer plano como experiencia religiosa. Esta vivencia se manifiesta comunitariamente dentro y fuera de la liturgia. Se vive la Iglesia como comunidad de los que buscan la comunión con Jesucristo, el que ha de venir. Un signo de expectación jubilosa recorre las celebraciones eucarísticas y las funciones paralitúrgicas. En la vida espiritual se fomentan las virtudes en relación con la esperanza: la oración, el silencio, la paciencia.

Esperanza como acción

Al infundir una corriente cálida de esperanza a la teología y a la vida de los cristianos se da nueva vida a la "responsabilidad de la esperanza" (I Pet. 3, 15).

Dar respuesta acerca de la esperanza es aceptar la acción de ella sobre el resto de la vida. Es traducirla en acción. El creyente que va a Dios primariamente desde el futuro, vinculado con la promesa, busca unir a Dios con el futuro y así reconocer el futuro en el pasado. Se hace una exégesis del pasado teniendo como base que el **eschaton** al que tendemos está ya existente desde el principio; en otras palabras: la transformación se encuentra operante desde la redención, el reino de Dios se ha iniciado en la resurrección de Cristo.

El filósofo cristiano hará una ontología escatológica, viendo en la materia, por frágil que sea, ya iniciada la eminencia de su transformación. Igualmente la antropología se esforzará en buscar el punto de inserción del hombre con su futuro glorioso, evitando de esta suerte un extrinsecismo alienante.

Ante el mundo y el hombre vistos desde la eternidad, no como se entendía anteriormente el sub specie aternitatis, sino como realizaciones, en marcha, de lo que ha sido prometido, surge la tarea humana y cristiana de cooperar en una esperanza responsable con el futuro que es obra de Dios.

En lo que se refiere a la organización social del hombre, la acción vista desde el futuro presupone una actitud desvinculada de las formas actuales de la sociedad. La función de la Iglesia para con las estructuras sociales debe ser la de una crítica constructiva. Su tarea no consiste tanto en dar determinaciones y orientaciones concretas acerca del proceso social cuanto en una labor correctiva de las fallas que se deslicen y en rescatar lo humano que se encuentra en peligro en un proceso social donde la tecnocracia tiene un influjo decisivo. Esta conciencia de responsabilidad basada en la esperanza alejará a la Iglesia de la peligrosa investidura del poder político e igualmente la prevendrá de servir de superestructura ideológica para un tipo determinado de sociedad. La tarea de crítica desaprensiva respecto a la tecnocracia no puede ser obra de los cristianos en particular, sino debe revestir un carácter institucional, o sea, debe partir de la Iglesia como institución.

El diálogo

La teología de la esperanza se ha manifestado en el diálogo. En Marienbad (Checoslovaquia) se efectuó en abril del pasado año el tercer coloquio entre intelectuales católicos y marxistas. El Padre Juan Bautista Metz (1), profesor de Teología fundamental en la Universidad de Münster, inició el diálogo exponiendo la posición de crítica constructiva de la Iglesia frente a las formas sociales. El P. Metz fue secundado por el profesor Jürgen Moltmann, quien es el autor del libro **Teología de la Esperanza.** Ambos son los representantes más notables de este movimiento que desde sus comienzos ha tenido por interlocutores a los marxistas renovadores o esotéricos. El más importante de todos ha sido Ernesto Bloch, quien en su libro **La Esperanza como Principio** (2) ve en la esperanza la característica más profunda del hombre y se orienta hacia un futuro más allá de la sociedad sin clases. Según Bloch, el futuro no se agota dentro del marxismo e insta a una superación constante de las condiciones existentes y de las conquistas ya alcanzadas en busca de una llamada "patria de identidad" para todos los que aquí sufren y esperan. Bloch se mantiene ateo porque piensa que el ateísmo puede servir a la liberación del hombre y a lograr que el hombre se configure a sí mismo y a su propia historia.

El ateísmo de los marxistas, por ser antinómico, es factor de diálogo. Otro

(1) El P. Metz es director de la sección **Cuestiones Fronterizas**, de la Revista **Concilium.** En el cuaderno 16 (junio, 1966) se publicó un artículo de J. Moltmann titulado: "Esperanza sin Fe", que es un diálogo con los marxistas.

(2) E. Bloch ha sido desterrado de Alemania Oriental por su heterodoxia marxista, a raíz de la publicación de su libro **Das Prinzip Hoffnung**, Edit. Suhrkampf, 1959. En dicha oportunidad varios teólogos cristianos publicaron un libro con comentarios a la obra de Bloch, con espíritu de diálogo: **Ernst Bloch zu ehren. Beiträge zu seinem Werk.** Colaboran Metz, Pannenberg, Tillich, Hein y Moltmann. Frankfurt, 1965. Edit. Siegfrid Unseld.

factor que hace posible el diálogo lo constituyen las bases humanísticas comunes a los cristianos y marxistas. Una de estas bases es justamente la interpretación escatológica de los tiempos como el comienzo de una nueva era.

El diálogo con los no creyentes, en especial los marxistas, se ha tornado vivamente interesante. Ha estimulado a los teólogos para buscar en la revelación el fundamento de la teología de la esperanza y así encontrar para el mundo una explicación "a partir del fin". El diálogo ha servido igualmente a los marxistas para revisar su absolutismo referente a la materia y, más que todo, los ha llevado a encarar el misterio de la nada: la nada absoluta del comienzo y la nada exterminante de la muerte.

La muerte es la **cruz** del marxismo. La nada de la muerte, esa negación no tiene ninguna utilidad dialéctica para ellos. Dentro de la perplejidad en que los arroja la realidad de la muerte, los marxistas adelantan tímidamente algunas conjeturas y hablan cautamente acerca de lo indestructible que es el "núcleo central" del existir humano, núcleo que en su evolución no es todavía, y por no vivir todavía se escapa de la muerte. Estos esquemas están lejos de ser satisfactorios y esto hace que quieran continuar el diálogo escatológico con los creyentes. El diálogo se mueve alrededor de la esperanza cristiana, que es sencillamente esperanza en Cristo, de quien es propio transformar el mundo y hacer una nueva tierra y un nuevo cielo.

¿Por qué tanto éxito?

El éxito que va encontrando este movimiento se debe a que en la base del pueblo cristiano ha hallado el terreno preparado. Llegó a tiempo. Su **kairos** era éste. Efectivamente:

1) El problema del mundo actual, en cuanto se refiere al conocimiento de Dios (la teología de Dios-ha-muerto no está muy lejana), es que esta época está acostumbrada a interpretar al mundo en términos científicos y técnicos y no entiende el lenguaje metafísico. Ahora, la teología de la esperanza no presenta a Dios como un ser absolutamente lejano y fuera del mundo, sino como actuante en la historia desde el futuro hacia el cual se mueve la humanidad. Algo similar al punto omega en la concepción de Teilhard de Chardin.

2) Existe hoy un desengaño creciente acerca de la eficacia de las instituciones democráticas actuales para resolver los problemas contemporáneos como las tensiones raciales, las injusticias económicas o la guerra de Vietnam. Frente a esta crisis del sistema democrático la teología de la esperanza adopta una posición constructivamente crítica y situándose desde el futuro afirma su tarea renovadora, o sea, en términos no de cómo son las cosas ahora, sino de cómo han sido prometidas que sean. En este sentido, la teología, apropiándose de la frase de Marx, tiene por objeto no tanto interpretar la realidad, sino ayudar a transformarla. Mejor todavía: ayudar a que sea (como está encaminada a ser). La teología de la esperanza ha introducido factores de cambio en las instituciones actuales y permite al cristiano, desde el punto de vista del futuro, trabajar dentro de las instituciones y cambiarlas si es necesario. El instrumento de cambio es la libertad cristiana de espíritu (3). Este activismo social que ha penetrado a la Iglesia de nuestros tiempos se hace patente en las diversas conferencias episcopales de varias naciones donde se tratan temas sociales y ya no se da por sentado el que las instituciones actuales sean las únicas llamadas a atender tales necesidades.

3) El hombre actual vive en una dimensión apocalíptica de un profundo cambio. Posiblemente, la guerra atómica le ha hecho ver lo inconsistente de lo alcanzado hasta ahora. Los jóvenes, sobre todo, buscan con anhelo un cambio sin atreverse a delinear sus caracteres determinantes. Hay una tónica de búsqueda de algo nuevo, esa tónica se refleja en una actitud revolucionaria en lo social, político y tecnológico. La humanidad de hoy, imbuida de evolucionismo, orientada hacia adelante, es receptiva para con una teología que busca iluminar el presente con la luz que viene del futuro y que da estabilidad al presente, porque el futuro es la promesa que descansa en la fidelidad de Dios. El hombre actual busca intensamente el sentido de las cosas y su crítica se concentra en el **para qué** de las estructuras actuales. Ahora se le abren horizontes de sentido fundamentalmente optimista que le explican la transformación de las cosas y le dan su puesto en la acción. De nuevo se comprueba la afinidad con la filosofía teilhardiana, sólo que la teología de la esperanza es más bíblica y presenta el punto omega no tanto como resultado, sino como centro operante desde el principio. La teología de la esperanza es mucho más finalista y por eso tiene mayor aceptación.

Por todas estas concordancias con la situación actual la teología de la esperanza ha tenido gran repercusión entre los cristianos, no quedándose atrás los hermanos separados. Se ha logrado unificar el interés de los teólogos hacia el diálogo con el mundo no creyente en general (ateos, universitarios, personas de otras religiones, etc.). Este interés de dialogar acerca de la Iglesia en sus relaciones para con el mundo de hoy ha llevado a un segundo término la atención a las diferencias interconfesionales y así ha favorecido ampliamente al ecumenismo. Se alienta el ecumenismo no tanto cuando se le hace objeto temático de diálogo, sino cuando "resulta" de un diálogo conjunto de todos los creyentes con el mundo.

Meditaciones de esperanza

Los teólogos de la esperanza son, ante todo, profesores de teología fundamental (4). La problemática tan especial que tiene el curso de teología positiva en nuestros días los ha llevado a tomar conciencia de que la formación teológica debe incluir una confrontación con la situación actual del mundo y con la propia situación por la que atraviesa la fe de los alumnos.

La teología de la esperanza tiene representantes fuera de las cátedras universitarias, entre quienes ejercen una actividad pastoral. Señalemos en este campo la actividad literaria del P. Ladislao Boros, S. J. Notables por sus profundos análisis, descripción de situaciones humanas y una exégesis desde la esperanza, son sus recientes meditaciones de Cuaresma (5).

Esta meditación está basada en el texto "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder de Dios por medio de la fe protege para la salvación, dispuesta ya a ser revelada en el último momento" (1 Pet. 1, 3-5).

He aquí algunas de sus consideraciones: Significado del Cosmos. La meta, la culminación y el contenido de la creación son la Resurrección y el Cielo. Es-

(3) Moltmann afirma (véase Herder Korrespondenz, 1967, p. 180) que la libertad cristiana penetra las condiciones de poder en un modo más paciente, pero ciertamente efectivo. La libertad cambiará esas condiciones. Luego afirma: "El poder no está en el futuro de la libertad." Sería saludable iniciar un diálogo desde esta teología de la esperanza con aquellas instituciones cristianas para quienes el poder representa una meta absoluta. Tal actitud se ha visto ser atribuida al Opus Dei.

(4) El P. Karl Rahner y su discípulo J. B. Metz son profesores de Teología Fundamental en la Universidad de Münster. Los estudiantes de teología han apoyado con sumo valor el curso introductorio que ofrece el P. Rahner. Este respaldo decidido y masivo ha venido con ocasión de una reciente ordenación de la Comisión Episcopal que reduciría notablemente el curso.

(5) Véase: **Orientierung**, Zurich, vol. 32, pp. 37-41. Posteriormente aparecieron las Meditaciones de Pascua (ibid. p. 77180). El primer libro de la serie que Boros ha publicado sobre temas escatológicos se llama Misterium Mortis, Einsiedeln, Edit. Benziger.

tas postrimerías no están alejadas del actual devenir del mundo. En efecto, el devenir del universo está sometido a la ley de la renovación, dicho en términos más abstractos: sometido a la ley de la superación. El mundo se elabora hacia arriba, desde sus comienzos, y busca sistemas más complicados: se reajusta, se sobrepasa, lo que en un sentido amplio puede llamarse **resurrección**. En el cosmos ocurre algo nuevo que nos es deducible de lo anterior.

El hombre. El hombre no está acabado. Es un proyecto. La evolución continúa en él. La energía vital sigue presionando. Esta presión se traduce en ideas, intuiciones, barruntos, deseos. El hombre es un ser insatisfecho. De su esencia misma brota una nostalgia, un deseo de sobrepujar la realidad presente y de "soñarse" a sí mismo en el futuro. Toda la Historia de la Humanidad es una explosión y un conato de sobrepasarse. El hombre explota en adoración y plegaria.

Los milagros de Cristo. Son algo más que signos de misericordia y bondad. Son ya la transformación incoada del nuevo mundo. En ellos Cristo se manifiesta como el renovador del Cosmos, el restaurador de un mundo santo. No son alteraciones arbitrarias de las leyes de la naturaleza, sino anticipos de la consumación final. Mientras unos, como la tempestad calmada y la pesca milagrosa, manifiestan la nueva amistad entre la naturaleza y el hombre y son dignos de reconciliación, otros, como la multiplicación de los panes, muestran las posibilidades de la naturaleza, ocultas al hombre, y que son utilizadas por el poder de Dios. Los milagros son profecías del nuevo orden, donde reinará la reconciliación y Dios utilizará todas las posibilidades de la Creación.

La teología de la esperanza es como un himno del corazón de la humanidad que anhela a su Redentor. Fuera de las razones anteriormente enumeradas, hay motivos muy profundos para que esta teología renovadora responda a las necesidades y modo de ser de nuestros tiempos. Sin duda, la teología debe ser elaborada de acuerdo también a las necesidades y circunstancias locales. Se está echando de menos una obra teológica de y para la Iglesia latinoamericana. Latinoamérica, como nuevo mundo de la Iglesia, con fisonomía típica dentro de su configuración religiosa, está pidiendo su teología y sus teólogos. Se ha censurado el plagio de filosofías políticas y sociales foráneas. Lo mismo vale para la teología. Con todo, dado el carácter latinoamericano, los delineamientos generales de la teología de la esperanza pudieran servir de estímulo para la teología nuestra que esperan el pueblo cristiano y sus dirigentes.

El nordeste del Brasil:

Tierra de sed y de esclavos

Región tristemente célebre

El Nordeste del Brasil es llamado "Zona explosiva" por el sociólogo Josué de Castro y "Polígono de sequía" por los geógrafos.

Sobran comentarios a las siguientes estadísticas:

- El 66% de la población es campesina.
- El 80% son analfabetos.
- Una media de 27 años de esperanza de vida y una mortalidad infantil que llega a casi el 65% en los 12 meses primeros que siguen al nacimiento.
- 25 millones de habitantes repartidos en 7 Estados tienen una renta **media anual** de 70 dólares por habitante (US$98 para el Estado de Pernambuco y US$38 para el de Piavi).
- El Nordeste, Tierra de Hambre, donde el obrero agrícola cobra un salario de unos 100 bolívares, apenas para hacer sobrevivir a una familia de 6 a 8 personas (cifras corrientes en la región).
- El Nordeste, Tierra de Sequía, donde, en caso de falta de lluvias, centenares de millares de campesinos se retiran hacia el mar en busca de agua; de donde proviene el nombre de "retirantes" dado a estos hombres, a sus mujeres y a sus hijos, que huyen del infierno de la sequía y del calor.
- El Nordeste, Tierra de Explotación, donde los jornaleros y los aparceros son esclavos de los hacendados. Retribuidos de la manera más escandalosa por el trabajo, constantemente robados en la compra de los artículos de primera necesidad, casi siempre endeudados, viven, además, bajo la amenaza constante de la expulsión.

Tal es el Nordeste, donde, según la expresión de un ilustre médico brasileño, "la dificultad de vivir no encuentra su medida exacta sino en la facilidad de morir".

La Iglesia frente a la Revolución

En este Nordeste brasileño, como en otros sectores de la América Latina, millones de hombres están todavía en estado de **esclavitud**. Son víctimas de las estructuras colonialistas de las sociedades capitalistas y de los imperialistas. De ahí que una sorda aspiración invada su corazón, al mismo tiempo que un deseo ardiente de vivir y un sentimiento de dignidad.

Se desarrolla una nueva toma de conciencia y **se prepara una revolución**. En esta hora decisiva se han comprometido, lo mismo que los seglares, los seminaristas, los sacerdotes y los obispos. Poco numerosos, pero firmemente resueltos, denuncian la opresión, combaten la injusticia y trabajan para la liberación de sus hermanos. En América Latina, la lucha abierta y la resistencia clandestina van a comprometer a la Iglesia en una fidelidad más radical.

Hablan los obispos del Nordeste:

"La mayoría de nuestros hermanos del Nordeste viven marginados y condenados a una miseria cada vez más deshumanizante, en la cual después de mucho tiempo viven asfixiados. Indagando la palabra de Dios, a través de la revelación... nosotros tenemos la firme convicción de que esta situación no es aquella que el Padre celestial quiere para sus hijos...

"Nosotros estamos conscientes de que es misión de la Iglesia ayudar a estos hombres a librarse de esta situación de esclavitud...

"Gritar de manera desinteresada estas verdades en favor del hombre del Nordeste, que es nuestro, es uno de los servicios más urgentes que debemos prestarle hoy.

"Este anuncio profético es al mismo tiempo un llamamiento fraternal para que ellos se libren de su esclavitud, no menos real que peligrosa, a aquellos que consciente o inconscientemente son los amos y los opresores de sus hermanos.

"Desgraciadamente, el hombre del Nordeste no ha encontrado en la acción de la Iglesia un pleno eco a sus ardientes deseos de liberación."

No es extraño que los obispos del Nordeste empleen un lenguaje profético cada vez más ardiente. Probablemente, son ellos los que sobresalen en todo el continente por la vehemencia de su postura y de su palabra.